

**Fuente: ¿Qué pasó con los niños desamparados de la guerra?, de Enriqueta Borrás Mateu, Barcelona. Autoedición, 2004.**

## **1. Visitas a la cárcel (19401)**

“Entonces mi madre ya se había movido desde la cárcel y una vez al mes nos llevaban a verla. Nos llevaba un funcionario de la oficina que llevaba un traje azul marino, y en una solapa llevaba una “P” y en la otra una “M”. Quería decir Protección de Menores, pero él decía “pepinos y melones”.

Estábamos toda la tarde allí, merendábamos y luego volvíamos al asilo [de la calle Wad Ras<sup>1</sup>]. Para Navidad y la Merced, estábamos todo el día en la cárcel. Las compañeras de la CNT estaban también con sus hijos” (p.37).

## **2. Anarquistas en “destinos”.**

“Volvamos a la cárcel de mujeres, las monjas y la directora<sup>2</sup> eran muy amigas, las

---

1 A principios de 1944, Enriqueta sería trasladada a un convento de las Carmelitas Teresas de San José, radicado en Reus, en la calle Arrabal de Robuster. A partir de 1941, el régimen franquista dio comienzo a la llamada “Obra de protección a los hijos de los reclusos necesitados”, a través del Patronato Central para la Redención de Penas por Trabajo: para ello, distribuía a los hijos de reclusos en colegios mayoritariamente regentados por órdenes religiosas. El convento-colegio de las Carmelitas Teresas de Reus pasó a formar parte a partir de 1943 de la larga lista de colegios religiosos que colaboraban con el Patronato. Durante ese mismo año albergó, como alumnas internas, a 31 niñas hijas de reclusos (*Memoria del Patronato Central de Nuestra Señora de la Merced para la Redención de Penas por Trabajo de 1943*. Madrid, 1944, p. 209). Ricard VINYES ha analizado en profundidad esta gigantesca labor de control social y religioso y aculturación política de las familias de los reclusos durante el franquismo, a través del Patronato y sus organizaciones satélites, en *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*. Madrid. Temas de Hoy, 2002. Siguiendo a este mismo autor, la voluntad de control religioso, con el ingreso en la orden de acogida como horizonte último, resultaba especialmente evidente en el caso de las niñas (“El universo penitenciario durante el franquismo”, en MOLINERO, C.; SALA, M. y SOBREQÜÉS, J. *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*. Barcelona. Crítica, 2003, pp. 165).

2 En 1943, la directora de la prisión era María Luisa Contesti McDonald y la superiora-administradora Sor Montserrat Ortelli, de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, que había sustituido a Sor Felipa García Sánchez a principios de 1941 (Anotación del 10 de enero, Llibre d'Actes de la Junta de Disciplina. UC 6570. Fons 200. Centre Penitenciari de Dones de Barcelona, Arxiu Nacional de Catalunya, ANC). Sobre la trayectoria de María Luisa Contesti, antigua funcionaria de Prisiones de la primera promoción de la época republicana, ver Fernando HERNÁNDEZ HOLGADO, “Carceleras encarceladas. La depuración franquista de las funcionarias de Prisiones de la época republicana”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 27, 2005, p. 283, n. 48. Un parte de recuento firmado por la superiora-administradora Sor M. Ortelli, trasapelado en los fondos del ANC, recoge la cifra de 362 reclusas con fecha 27 de diciembre de 1943, de

unas y la otra tenían sus parcelas de poder y sacaban lo que podían de la miseria de las prisioneras, empezaron a ponerlas a trabajar, para ellas la cárcel era una propiedad muy grande, cogía una buena parte del barrio de Les Corts, tenían tierra para cultivar. Enseguida buscaron presas para trabajarlo, una de ellas se llamaba Amparo Gavaldá, que más tarde sería mi suegra, y me contó que la directora y las monjas las tenían en el patio todo el día, en aquellos años hizo unos inviernos muy malos, nieve, hielo, lluvia, todas en el patio y ellas arriba en unos ventanales controlando.

Mi suegra escogió para trabajar el huerto, empezó a controlar la situación y a llevarse bien con la directora y las monjas, vamos, que *hacía la pelota*. Tenía animales: cerdos, conejos, pollos; cuando tenía controlada la situación, pensó, estas dos se tienen que pelear, tenían los animales de la directora y de las monjas separados, y los venían a ver de vez en cuando, la jaula de los conejos estaba una frente a la otra, cuando venían, esta suegra mía estaba por ahí dándoles coba, cada una conocía los suyos, no faltaba comida, los conejos estaban sanos y gorditos, de golpe mi suegra empieza a dar muy poca comida a los conejos de las monjas y empiezan a adelgazar, y los de la directora cada vez más gordos, la directora estaba muy contenta y mi suegra le hacía comentarios sobre las particularidades de los conejos para asegurarse de que los conocía, un buen día cogió los conejos de la directora y se los puso a las monjas, y los de las monjas a la directora, cuando la directora se dio cuenta armó un escándalo, se peleó con las monjas y le decía a mi suegra que no se fiara de esas mujeres que eran muy malas, resultado: una pitaba a formar y la otra a romper filas, al final la directora venía de vez en cuando a recoger lo que se llevaba a su casa, entonces las presas empezaron a respirar y a organizarse, nada más hacían formar para el recuento de la mañana y de la noche, el director no quería tratos con las comunistas, no sé que le habían hecho que no podía verlas, y los *destinos* [de trabajo en la cárcel] eran para las compañeras de la CNT, pero las monjas querían a las comunistas, las compañeras de la CNT del primer tiempo eran compañeras de primera fila, estaba la Asun, la compañera de García Prades, la Modesta Flores, compañera de Germinal El Portugués, la Rosarito cortadora de Pertegos, Palmira Calvo, Antonia Martínez de Badalona, la Beni, la Avellanet, la Juliana, Rosa Mateu –mi madre- la Conce, la Dolça de Terrassa, la María de Terrassa, la Manuela Sáez, la Margarita de Terrassa, estamos a primeros de 1940.

El director preguntó quién podía trabajar en la oficina, en la portería, en paquetes y comunicación, porque el personal que le mandaron no era funcionario, eran enchufados por el régimen y no valían para nada<sup>3</sup>, mi madre ya estaba condenada por

---

las cuales 44 se hallaban en la enfermería, más 10 niños, ocho de ellos enfermos (U.I. 246. D. 313 (1). Centre Penitenciari de Dones, ANC).

3 La Ley de 25 de agosto de 1939 dispuso una serie de medidas que priorizaban el acceso a la función pública de “mutilados, ex-combatientes, ex-cautivos y personas de la familia de las víctimas de la guerra”, naturalmente del bando nacional (BOE 1 de septiembre de 1939). En el caso concreto de los puestos vacantes del cuerpo de Prisiones, se privilegió el acceso de los “familiares y parientes de quienes más directamente han sufrido las consecuencias de la guerra de liberación y de la rebelión marxista” (BOE 2 de diciembre de 1940). De esta manera, el odio y la venganza contra los perdedores de la guerra se convertía en la garantía más firme de la eficacia represiva del régimen (ver Fernando HERNÁNDEZ HOLGADO, *Mujeres Encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo (1931-1941)*. Madrid. Marcial Pons, pp. 183-184).

hechos posteriores así que la escogieron a ella para la oficina, a la Antonia [Martínez] y a la Juliana a la portería y paquetes a la María de Terrassa. La enfermería era de las monjas y la cocina, así como el huerto, esto pasó entre 1942 y 1943” (pp. 45-47).

### 3. Rutina de prisión. Trabajo en la oficina

“Todos los días traían a la portería un bidón de unos diez litros de leche para los niños, y lo dejaban en la portería, las oficialas estaban al tanto y cuando se quedaba la leche en la portería, llegaban con un potecito y un vaso que tenía agua, abrían la lechera, cogían la leche y le tiraban el agua del vaso, así todas las oficialas, luego las monjas se lo subían al convento, y seguramente también se servían” (p. 49).

“(…) En el primer tiempo se dormía en el suelo, en un petate, pero cuando una se movía, como estaban todas muy juntas protestaban, pero a las de la CNT que tenían *destino* les pusieron una habitación con siete camas con un balcón con barrotes que daba a la Diagonal y tenía una puerta que la cerraban, desde ahí veían a la familia, el trabajo de mi madre era muy importante y el de Antonia [Martínez] también, y la de paquetes también.

Para empezar tenían cantidad de presas sin juicio, cuando hacía un tiempo que estaban allí, mi madre las *proponía* [para la concesión de la libertad condicional], hacía un escrito con tres copias que el director firmaba, una para el jefe de Falange de su pueblo, y si era capital, el barrio; otra para el cura y otra para el alcalde, eso era por el año 1943. ¿Qué hacía mi madre? Una copia la enviaba al alcalde y otra al cura —ésos en aquel tiempo empezaban a tener miedo, siempre contestaban bien- los de Falange siempre contestaban mal, pero a Falange no les llegaban nunca, porque su copia mi madre la tiraba al water, cuando pasaba el tiempo y el cura y el alcalde daban buenos informes, mi madre le decía al director: mire, Falange nunca contesta, entonces salían en libertad condicional y muchas aprovechaban para desaparecer (...).

Los agentes judiciales que traían y llevaban presas a la cárcel también estaban corrompidos y les traían información, el director siempre dejaba libertades firmadas en su despacho, cuando llegaban las libertades mi madre las rellanaba porque la oficiala estaba presente pero no hacía nada, ella avisaba a la chica que era carterista o *piculina* [prostituta] y les decía que saldrían más tarde, ellas querían salir enseguida y ella les decía: esto depende del agente judicial, si le das una propina saldrás antes, y se la daba, y todos contentos, porque [los agentes judiciales] le decían [a la presa que trabajaba en la oficina de la cárcel] quién tenían incomunicado en jefatura superior, y muchas veces salían mantas y comida para ellos de la cárcel de mujeres, y se avisaba a la familia que a ellos se les negaba, porque aquellas mujeres eran además de listas muy valientes.

Empezaron a hacer unos tapetes con cinco agujas, con un hilo de color crudo hacían unos dibujos, luego lo almidonaban y venía una señora y los compraba para vender en mercados y así se ganaban el dinero que podían” (pp. 50-51).

#### 4. En la portería de la cárcel

“Antonia [Martínez], que tenía una familia bastante numerosa mientras estaba en la portería siempre haciendo tapetes, su familia que vivía en las barracas del barrio de la Salud, todos los domingos bajaban a pie a la cárcel, y llevaban a la hija de Antonia en los hombros, la madre y la suegra vendían escobas por el camino, antes de entrar a la cárcel pasaban por una tienda de la calle [Joaquim] Molins, y compraban fiado un trozo de queso y alguna cosa más, que pagaban con el dinero que Antonia sacaba para ayudarles, Antonia se dio cuenta y les riñó, les dijo que era para ellos. La niña de Antonia era muy pequeña, la compañera de paquetes cuando la veía la hacía pasar por la ventanilla y se la ponía entre las piernas, llegaba la Antonia que estaba vigilando la monja, cuando se despistaba se la llevaba a la portería, y la tenía con ella, y la volvían a sacar por el mismo sitio” (pp. 51-52).

#### 5. Procedimiento de ingreso

“Cuando llegaban las detenidas, las recibían la Antonia [Martínez] y la Juliana, las cacheaban y una a una pasaban a la oficina, donde mi madre les cogía la mano y se la pasaba por una tabla que tenía tinta y les fichaba los dedos, las oficiales estaban por allí y ni se preocupaban de lo que hacía mi madre, pero había una que era funcionaria de verdad, ésa no la perdía de vista, cuando estaba ella no podía hacer nada, luego las llevaban a observación, que eran unos sótanos donde las encerraban un mes” (p. 52).

#### 6. Día de la Merced. Visitas y comunicaciones de las familias

“Entre 1942 y 1943 una fiesta de la Merced que el día de los presos los niños podían entrar y estar todo el día con su madre y cuando se marchaban daba un espectáculo que traían de la calle, ese año el director trajo la orquesta de no sé dónde pero su director era La Mate de Griñón y dieron un concierto clásico. Cuando terminó, las políticas empezaron a aplaudir y todas siguieron con mucho entusiasmo, luego le tocó el turno a los coros y danzas, que eran de Falange; cuando terminó, las políticas no aplaudieron y las demás hicieron lo mismo, porque ellas eran las que marcaban, el director se vio en un compromiso y decía: “por favor, aplaudan a las señoritas” y nadie aplaudió, el director se enfadó tanto que dijo que no traería a nadie más y así lo hizo.

Una niña que se llamaba Antonia Moreno, su madre estaba presa y unos años más tarde se convirtió en una cantante de fama, pero debutó en la cárcel de mujeres de Barcelona. La compañera Dolça de Terrassa tenía un niño que se llamaba Siscu, que su marido y su hermana cuidaban y todos los domingos lo llevaban a ver a su madre. La Dolça fumaba, y esto estaba prohibido, mi madre, la Antonia [Martínez] tenían sitios donde podían para tabaco pero nunca lo hicieron y tuvieron mucho cuidado de que nadie los utilizara porque las hubieran sacado de los sitios claves [*destinos* de oficina y portería], pero entraba tabaco, en tiempo de escasez un cigarrillo y una cerilla costaban cinco pesetas, y en caló se decía *un truc* y *una rosca*, se sentaban en el suelo las que fumaban y pinchaban el cigarrillo con un alfiler y se lo pasaban cada una su turno, la Dolça cuando no tenía tabaco se ponía muy nerviosa, y mi madre le pedía un cigarrillo al director porque le decía que estaba histérica y el director se lo daba, si no estaba cogía las colillas.

Cuando los niños entraban a la cárcel, su hijo iba forrado [de cigarrillos], mi madre y la Antonia que estaban en la puerta, cuando llegaba el hijo de la Dolça le decían: coge a tu hijo y desaparece, también estaba prohibido el periódico pero nunca faltó.

La Manuela Sáez tenía dos hijos, Helios, que era el pequeño y el César, como su compañero estaba en la Modelo y los hombres lo tenían peor, siempre esos días [de visita] los pasaba con su padre. La Margarita de Terrassa también tenía un niño, tres días a la semana podía venir la familia a comunicar y a traer paquetes. En la entrada, a mano derecha, había una ventanilla y una puerta que era la oficina y las visitas pedían un ticket por persona y otro por el paquete y tenían que pagar a veces, estaba la oficiala y otras veces mi madre, luego pasaba la lista y las llamaban, la sala de comunicación era una habitación larga y tenía una barrera que separaba de la reja que detrás estaba ala detenida, pero la reja tenía una tela metálica muy espesa, entre la reja y la ventanilla había un pasillo de más de un metro que estaba vacío, así cuando entrabas todo el mundo chillando, yo nunca comuniqué por allí, yo entraba en la oficina” (pp. 53-55).

## 7. Las judías centroeuropeas (1942-1943)

“Entre el año 1942 y 1943 empezaron a llegar judías alemanas y polacas. Mi madre en la oficina y Antonia [Martínez] en la portería, aunque teníamos una censura feroz, algunos compañeros [de la CNT] se arriesgaban y pasaban a pedir noticias al consulado inglés, y también se escuchaba la [Radio] Pirenaica que la saboteaban, así que sabían lo que pasaba con los judíos, y empezaron a llegar, pasaban por jefatura y luego a la cárcel y cuando llegaban, las tenían un mes incomunicadas, naturalmente hacían lo que podían por ellas, una de ellas cuando mi madre la fichaba le dijo que le guardara unos zapatos, en la oficina tenían un trozo que tenía una mesa de mármol y mi madre repartía el pan que eran unos chuscos para todos los empleados, también una cama donde la oficiala que le tocaba guardia se estiraba, también un infernillo eléctrico, mi madre cogió los zapatos y los metió debajo de la cama, y ya no se acordó más. Esta señora se llamaba Blasa, Franco se andaba con mucho cuidado con estas presas, cuando salió de observación le dijeron a mi madre que estaba preguntando por mi madre y mi madre se los dio. A esa señora le traían todos los días la comida de la calle pero también otra ración para mi madre, que lo veía raro.

Continuaban llegando judías de paso de fronteras, llegaban a veces por la noche, y la oficiala sonaba el timbre a mi madre, una vez vino una polaca, de madrugada, y la oficiala dijo que la llevaran a observación [incomunicada] que ya la llevarían por la mañana, mi madre la fue a buscar y como corrían bulos de que las entregarían a Alemania, se ve que tuvo un ataque de pánico y se colgó en la ducha y fue mi madre quien la encontró, y las presas que hacían aquellos tapetes, idearon uno en que la clave era como matemáticas que lo apuntaban en un cuaderno y salían unos dibujos muy bonitos, ése que hicieron le pusieron *el polaco*, en su recuerdo, pero entonces como Franco estaba a bien con Dios y con el Diablo, las pusieron a todas en un hotel, y la Blasa antes de irse le dio a mi madre todo el dinero, que no era como el de la calle, eran unos cartones con los que podían comprar en el economato, pero cuando salías te los cambiaban y cuando se marchaba la mujer se despidió de mi madre y le dijo que tenían

aquellos zapatos que naturalmente ya estaban a salvo, le dijo que tenía una joyería en Alemania y lo que hicieron los nazis, esta señora fue el primer visado que firmó Roosevelt para que entraran en Estados Unidos y cada año para Navidad llegaba un paquete anónimo grande lleno de turrón de Jijona” (pp. 55-57).

## **8. Visita de Enriqueta a su madre en les Corts. O el convento o la adopción (1946)**

“Un día la Superiora [de las Carmelitas Teresas de San José] me dijo: “mañana muy temprano vendrá la hermana Javiera a llamarte. Te levantas sin hacer ruido y te vistes, que te llevo a Barcelona a ver a tu madre”. La hermana vino a llamarme, me vestí con la ropa de las fiestas y bajé a la portería. Enseguida vino la superiora y una hermana que le llevaba una maletita y fuimos a la estación, cogimos el tren, ellas no podían comer en público pero a mí me dieron algo de comer, llegamos a Barcelona y fuimos derechas a la catedral para oír misa porque ellas tenían que oír misa y comulgar todos los días, luego fuimos al convento que estaba en Gracia, me dejaron en el patio que era muy grande, había muchas niñas, después de orientarme me fijé en unas niñas que estaban sentadas en el suelo haciendo un corro jugando a algo, me fijé bien, allí la que llevaba el juego era una amiga mía de cuando estuve en el asilo que le había tocado allí, me senté a su lado pero ella no me hizo ningún caso y tuve un pequeño desengaño pero no dije nada.

Por la mañana me levantaron y fuimos a la cárcel de mujeres en las Corts, entramos por la entrada de los empleados que era un paseo con árboles. En la entrada que estaba con la reja abierta había un soldado. También estaba la casa del director. Ese día no era de visitas<sup>4</sup>. Llegamos a la entrada del edificio que era una sala grande, a la derecha había una puerta y una ventanilla con cristales oscuros verdes, a la izquierda otra puerta donde estaba el oficial de la puerta y al fondo había una gran vidriera con un trabajo de carpintería muy bonito, esta vidriera era muy grande, cogía de pared a pared haciendo un cargo que tocaba el techo, en medio había una puerta que se disimulaba cuando estaba cerrada, mientras el oficial la abría, la superiora me dijo cuando yo iba a entrar: dile a tu madre que las monjas te tratan bien, que te quieren mucho.

Cuando entrabas había una escalera, era muy amplia. En la escalera estaban sentadas en los escalones mirando la puerta las compañeras de la CNT. Estaba Matilde Escuder, la compañera de Carrasqué que también estaba en la cárcel. Antonia [Martínez], Juliana, total serían ocho. Cuando vi a mi madre subí la escalera, lo primero que le dije es lo que me dijo la superiora y me quedé tan ancha, estuve un rato con ellas, la superiora le dijo a mi madre que tenía que pagarme el viaje, le insinuó que el de ellas también, mi madre desde el despacho del director telefoneó a la tía rica, le dijo que nada más pagara el mío, fuimos al Paseo de Gracia número 25 que era donde vivía y pagó el viaje de las tres, mientras estábamos hablando, le subieron de una pastelería una caja de bombones

---

<sup>4</sup> La Orden circular de la Dirección General de Prisiones de 14 de diciembre de 1942 sobre “comunicaciones de los niños hijos de reclusos acogidos al Patronato de Nuestra Señora de la Merced con sus padres reclusos” disponía que las visitas de los niños acompañados de religiosas se efectuaran en “comunicación extraordinaria fuera de rejas, ya que estando aislados estos niños, y bajo la vigilancia de las Religiosas, no pueden ser vehículo de noticias ni actos que perturben el régimen de la Prisión” (Boletín Oficial de la D.G. de Prisiones nº 8, 20 de diciembre de 1942).

que me regaló y preparó la merienda para el camino, mientras yo estaba con mi madre ellas estuvieron hablando con las monjas, mi madre no se llevaba bien con las monjas, seguro que dirían pestes de ella” (pp. 73-75).

## **9. Adopción y salida del asilo de Reus. Una noche en la prisión de Les Corts (30 de agosto de 1946)**

“El mes de agosto quedábamos muy pocas niñas, estábamos ensayando una función en la clase de las externas, no habíamos ido a la playa las de la función, las demás sí, era de mañana después de almorzar, vino la hermana Javiera, me subió al taller de costura y empezaron a desnudarme y a ponerme ropa limpia. El escapulario de la Virgen del Carmen me lo cambiaron y me pusieron uno nuevo, la mujer que hacía los recados y vivía allí me fue vistiendo, la monja me decía “no te saques nunca el escapulario, así no irás al infierno, tienes que ir a Misa todos los domingos sino harás un pecado mortal, yo estaba de pie encima de una banqueta, una por un lado y otra por el otro, me daban consejos, yo pensaba a ver si me han venido a buscar, no me atrevía a decir nada no fuera el caso de que me equivocara, la mujer me bajó a la portería en una habitación que daba a la escalera que era la sala de visitas, la superiora con una señora que era alta, tenía 44 años, tenía el pelo rizado blanco, llevaba un vestido negro con adornos blancos, la miré al entrar no me atrevía a mirarla más, con mi cabeza baja esperando lo que iba a pasar pero sin decir nada, pero mi cabeza trabajaba.

La superiora le dijo a la señora que se llamaba Pura Villanueva y era secretaria de la Federación Local de Barcelona, que se llevaba a la mejor niña del convento, luego ella me explicó que pensó: esta niña es tonta, la superiora le dijo que no podía llevarme porque no traía ropa, no quería dejarme salir, eso de la ropa era un cuento, cuando vinieron a buscar a las hermanas Franco que se fueron con la ropa del convento, la Pura llevaba dinero, le dijo [a la superiora:] la llevaremos a una tienda y le cambiaremos la ropa, fuimos la Pura, la mujer del convento y yo a una tienda de la misma calle en la acera de enfrente de ropas de niñas había de todo, me volvieron a desnudar, la mujer del convento iba cogiendo lo que me sacaban y me ponía otra ropa, la dependiente me preguntaba si me gustaba y me daba a escoger, me pusieron unas braguitas blancas, una camisa rosa, teníamos que coger un tren de las doce. El tiempo corría, me sacaron una fila de vestidos doblados todos iguales de forma pero con los colores diferentes, como teníamos prisa la dependiente levantó el paquete de un lado, los dejó caer para que viera los colores en mitad, vi uno y dije: ése, lo sacaron, era rojo con tapas blancas, de manguita corta fruncida, arrugadito de la cintura, un cuello redondo, un lazo que salía de los lados y se anudaba detrás, me pusieron unos calcetines blancos con calados y unas sandalias, cuando estuve preparada la dependiente me llevó delante de un espejo, lo que vi reflejado me gustó mucho, en el colegio de Reus y el asilo no había espejos, era la primera vez que veía mi cara como era, faltaban días para que cumpliera doce años, la señora se lleva la ropa, nosotras fuimos corriendo a la estación... (...)

Mientras estábamos esperando el tren, la mujer del convento me trajo un paquetito con las estampas de mi pupitre, una foto de la cárcel que mi madre me envió y que aún conservo, el bolillo no se lo quedaron ellas, cogimos el tren, yo hice amistad con unos

niños que viajaban en el mismo vagón, la Pura más tarde dijo que pensaba que yo era tonta pues no decía nada y luego no paraba de hablar, llegamos a Sants a las nueve, en el viaje anterior yo había hecho ese camino, así que yo corría calle Galileo, me giraba y decía a la Pura: yo sé el camino, no había coches, la Pura iba deprisa pero yo iba delante, llegamos a la entrada, por donde había pasado con las monjas que era por donde pasaban los funcionarios, cuando menos se lo esperaba el soldado de la puerta yo me había metido como una bala, el soldado no podía dejar pasar a nadie y menos cerca de las diez de la noche, se giró, se puso en medio de la puerta que estaba vigilando asombrado sin saber qué hacer, al final de la avenida estaba el funcionario de la puerta, le hizo una señal de adelante al soldado, la Pura entró detrás de mí, el funcionario me cogió en brazos y me metió dentro de la portería, habíamos perdido el tren, nos estuvieron esperando todo el día, yo me quedé en la cárcel, me dieron de cenar, me subieron arriba y dormí con mi madre en su cama que era pequeña, estaba en la habitación de las siete que tenían *destino*, las demás, menos en la enfermería, dormían en salas grandes y en el suelo, como era verano el balcón estaba abierto con los barrotes largos, daba a la Diagonal, con tantas emociones y cambiando de cama no pude dormir, además los soldados que estaban de guardia de vez en cuando decían chillando: centinela alerta, alerta estoy (pp. 75-80).

## **10. Día de la Merced de 1946**

“Yo salí del convento [del asilo de Reus] el 30 de agosto [de 1946] estuve dos días con mi madre y no fui otra vez hasta el 24 de septiembre que era el día que entraban los niños en la cárcel y estaban todo el día, unos días antes vino la Gudula, la hermana de Matilde me llevó a los encantos nuevos y me compró un vestido blanco con topos rojos y azules con un volante de organdí, para el día de la Merced, me llevaron a la cárcel, por allí me encontré con mi hermano que también había salido del asilo todo el día, estaba Etna la hija de Matilde, Joaquinete que era hijo de Gudula y era muy pequeño, también Sonia la hija de Antonia [Martínez], el Siscu el hijo de la Dolça de Terrassa, el hijo pequeño de Manuela estaba con su padre en la Modelo, el hijo de la Margarita de Terrassa de este día también tengo una foto, estuvimos todo el día juntos, nos dieron muy bien de comer, la compañera Avellanet, que le fusilaron a su hijo, se hizo cargo todo el día del sobrino de Matilde, que tenía unos siete meses y no paraba de llorar, la tuvo todo el día en brazos” (pp. 84-86).

## **11. La vida en el ambiente libertario clandestino**

“Estamos en enero de 1948, Pura [Villanueva] como ya he contado, fue la compañera que le encargaron me rescatara de las monjas cuando se dieron cuenta de que me querían hacer monja, para sacarme de allí tuvo que adoptarme, con papeles y todo, pero fui con Fontaura [Vicente Galindo Cortés] porque me tenía que ir a Francia con él, cuando Fontaura se fue dejó de presentarse, y la policía fue a Santa Coloma, a mí me sacaron de en medio y me escondieron en Toga hasta que pasara todo. Pura también tenía el

domicilio en Sants que era la casa de sus padres, los primeros tiempos que estuve con Pura hacíamos la faena de casa por la mañana, Ricardo [Gombau] venía a comer a las doce que ya estaba la comida, cuando se marchaba recogíamos y nos íbamos las dos a Barcelona, de esta manera estuve en las casas de los delegados que se cuidaban de recoger el dinero de las cotizaciones, de los sellos de los afiliados, de los sindicatos, el viernes íbamos a la puerta de la cárcel Modelo y les pasaba la semanada a las mujeres de los presos, a las mujeres que estaban en la cárcel no les pasaban nada porque ellas lo tenían mejor y ayudaban a sus hijos de la calle, de esta manera estuve en un piso de la Barceloneta de las casas del Borne, era un delegado que nos liquidaba los sellos.

Teníamos otro piso en el barrio chino, una casa vieja, oscura, muy grande, con dos o tres familias, vivían como podían, en la sala, grandísima, esta familia tenía una habitación y lo tenían todo allí, el compañero que era del oficio cogió un bidón de metal, lo preparó para el agua, lo llenaban de agua, tenía un grifo de metal que brillaba, por allí salía el precioso líquido que traían de la fuente de la calle. Otra familia en otra habitación, todos clandestinos, escapados de sus pueblos, tenían una máquina Singer que hacía las tres ochos, nunca paraban, hacían pantalones y calzoncillos que pagaban muy mal, a mano hacían los ojales y ponían los botones y los dobladillos, no se puede decir que fuera un trabajo fino, cuando se compraba alguna prenda se tenían que hacer el acabado los compradores, los botones tenían dos puntadas, los ojales también, no digamos los dobladillos. Muy cerca vivían en las mismas condiciones unos maños del Rincón de Ademuz, éstos los conocimos por Ernesto Saladich que era militar de carrera de los que se quedó al lado de la República, además era masón, iba a la cárcel de mujeres cuando cayó todo el grupo de Manuela Sáez pero atendía a todas, les trajo entre otras cosas dos radios de galena que se hacían con una caja de puros” (pp. 115-116).